de tal forma que en casi todas las situaciones infligen a Occidente un *handicap* inicial casi imposible de superar».

De cualquier modo, los últimos epígrafes —«las democracias contra la democracia»— y la *Conclusión* se transforman en un alegato contra el totalitarismo soviético al proclamar que éste constituye un tipo único, no homologable con ningún otro ni del pasado ni del presente. Revel no ha sido parco en la acumulación de datos y hechos de todo tipo. Y estaríamos dispuestos a concederle nuestro asentimiento total y a asimilar la caución a que nos invita, si no se le pudiera aplicar a él también la trampa de las dos memorias. Tampoco se trata de entrar en una dialéctica de contraejemplos. Un imperio no se afianza sino frente a otro imperio y un museo de los horrores imperialistas sólo nos puede conducir al rechazo de cualquier imperialismo. El día de la «comunidad de los pueblos libres» está lejano aún, y esperamos que la tensión de las espadas en alto no se pueda soportar indefinidamente. Y preferimos pensar que la fuerza interna moral de las democracias sea superior a la astucia y a las armas. De todos modos, gracias por el aviso.—MANUEL BENAVIDES *(Angel Barajas, 4, 4.º Pozuelo-Estación. MADRID-23).*

Puerto Rico, un país, un personaje *

Puerto Rico, año de 1898. El imperio español se ha desmoronado y el sucesor toma posiciones. Avanza sobre el Caribe, un área de importancia vital, para el comercio y la estrategia militar. Es el patio trasero, la tercera frontera, si se quiere emplear un término más técnico. Cuba es sometida por medio de la «Enmienda Plat»; Borinquen, Puerto Rico, no necesita siquiera de semejante chapuza política. Es prácticamente absorbido y pronto se convertirá en Estado asociado de la Unión, aunque el castellano seguirá como lengua oficial.

La eclosión industrial norteamericana y la consecuente necesidad de mano de obra, precipitan el éxodo de ingentes masas del Sur hacia los populosos centros fabriles norteamericanos. Puerto Rico sigue la misma senda, aunque en condiciones ventajosas, ya que sus naturales no tendrán que documentarse como extranjeros, puesto que no lo son. Van y vienen principalmente a Nueva York, y casi desde el primer momento de la separación de España, la sociedad se norteamericaniza, adquiere todos los estereotipos del mundo anglosajón. No es como la vecina Cuba, en donde los ecos de la pasada contienda se convierten en capital y herencia para enfrentar al nuevo invasor.

No. Borinquen, la tierra de los taínos, el Puerto Rico español, es rápidamente asimilado y ahora es «Pororico», Estado asociado.

La sociedad portorriqueña, al compás del flujo y reflujo, se siente cómoda con dólares en el bolsillo, a bordo de los enormes «carros» fabricados en Detroit, degustando el whisky y el Malboro del contrabando legalizado; juega al base-ball con

* EMILIO DÍAZ VALCÁRCEL: *Mi mamá me ama.* Ed. Seix Barral, Barcelona 1981.

furor, se interesa por las Grandes Ligas, masca chicle, dice okay y cuando la revolución cubana de 1959 es completamente indiferente. Se torna del todo reaccionaria cuando a la isla van llegando refugiados de la otra isla y partidaria de una invasión por los «marines». Se sienten «americanos» e insolentes, enseñan el pasaporte del águila en fronteras y aeropuertos.

La sociedad portorriqueña está instalada en el «american way of life»; las compañías e intereses que salieron corriendo de Cuba echan raíces más al occidente. El clima es el mismo y para la aviación «charter» no hay distancias insalvables. San Juan es casi como La Habana, con sus hoteles, ruletas y burdeles. No falta nada. Sólo que en Cuba había lo que se llama fuerzas sociales vivas, capas de intelectuales en efervescencia que lucharon contra España; aquí nada de eso. La independencia fue un regalo; más que eso, el abandono del viejo y cansado imperio español. La instalación del nuevo amo, gratuita y andando el tiempo, consentida. Las pocas voces contrarias a la anexión, aún campan por sus respetos. Predicadores en el desierto, se les tilda de «comunistas», agentes de Moscú, títeres de Castro. ¿Qué es lo que quieren? ¿Poner su barbudo particular aquí? Menos mal que la Navy no lo permitiría.

Mi mamá me ama es un título que a primeras luces despista al más perspicaz e intuitivo. Hay que sumirse en sus páginas para descubrir el mensaje que Emilio Díaz Valcárcel quiere transmitir y que no es más que la presentación de la sociedad escrita arriba.

La nueva generación de portorriqueños ha venido al mundo dentro del «american way of life». Pero como en todo conglomerado social hay diferencias de castas y aquí curiosamente los personajes de la novela de Díaz Valcárcel son genuinamente latinoamericanos. En medio de la marea que produce la norteamericanización, a los portorriqueños les queda tiempo para ser como son. La familia Durán es «gente bien», conscientes de su puesto en la sociedad y de los requisitos para serlo y asegurar el futuro como tal: la separación racial, la educación en buenos colegios, la temprana responsabilidad de sentirse dignos de un apellido, de una religión y, en general, de las buenas costumbres.

Javier Durán, protagonista central de la novela, es fruto de la simbiosis portorriqueña-norteamericana. Estudia en un colegio del Estado de Nueva York y como sus padres y su padrino se considera norteamericano. No siente siquiera el patriotismo chico que late en cualquier natural del mundo por el terruño originario. Puerto Rico para él no es más que una hermosa isla para pasar vacaciones, sitito en el que nació por puro accidente. Las gentes que viven allí le parecen ordinarias, en ocasiones inmorales y hasta susceptibles de convertirse en comunistas. No observan buenas costumbres, proliferando el concubinato y el incesto, el desaseo y la falta de honradez. No tendrían que ser norteamericanos, pero lo son. ¡Vaya si lo son! Puerto Rico es un Estado Libre Asociado, así está escrito en la Carta Fundamental.

Papá es un hombre bien situado tanto en la isla como en la metrópoli continental. Es abogado brillante y para los actos más elementales de la vida tiene en mente la Constitución y los Códigos. Es ágil hombre de negocios, «self made man» que lee el «Wall Street Journal» y fuma en pipa, no vacila en dar propinas jugosas cuando la ocasión lo exige y sus automóviles están hechos a la medida, como un traje. A

propósito de traje, su atuendo no tiene nada que envidiar al del mejor letrado de Washington o Boston. Es un ferviente demócrata norteamericano que cree en individuos superiores e inferiores por razón de raza. Sus convicciones de este tipo son hasta científicas, puesto que sería capaz de someter a un individuo a un examen de sus cromosomas para comprobar hasta qué punto es subhumano y no humano, aunque sea bípedo, use corbata y camisa marca «arrow». Tiene un socio de idénticas ideas y aficiones: padrino. El padrino de Yunito (Javier Durán), todo un personaje de los negocios y la política. En ese momento hace campaña para representante o senador.

Yunito no es más que la calcomanía de la sombra que proyectan papá y padrino. Los dos esperan mucho de él y ya de hecho es su delfín. Padrino tiene un hijo que es una calamidad y es mejor no nombrarlo. A padrino le gustaría tener un hijo como el ahijado y a la mujer de padrino una niña como la hermana del ahijado: Ivete o Ivesita, producto tropical de escasa presencia en el mercado. Como personaje resulta excelente, dado que echa por tierra todas las ilusiones y los altos principios familiares. Sus acciones hacen bajar del pedestal en donde se han subido los suyos, los convierte en seres normales, es decir, presa de una desesperación que raya en la locura cada vez que Ivesita hace una de las suyas. Les mete en aprietos, no sólo con los invitados de las cuantiosas reuniones sociales, sino con el mismo personal que trabaja para la casa. Y es que Ivesita es ninfómana y necesita calmar su enfermedad con un ímpetu y una rapidez que obliga a despedir a todo varón que trabaja para la familia y a que papá salga en su enorme auto hecho a medida a buscar la solución que apague sus fuegos. Mamá sufre interminables crisis y papá está dispuesto a movilizar cantidades de dinero e influencias para subsanar las crisis de su hija. Eso sí, con la discreción debida.

Yunito siente, como es natural, la problemática de su hermana. Pero por nada del mundo se le ocurre analizarla a través de la óptica con que su padre examina a los demás seres. El, por su parte, se prepara para el futuro. En el colegio neoyorkino va consustanciándose con su personalidad y defendiéndose a diario de los ataques que vienen de diestra y siniestra. De un lado, esa dejadez que se advierte en la juventud norteamericana por las cuestiones políticas y económicas que han desembocado en el «hipismo» y demás aberraciones. De otro, esa concientización por el mundo exterior que nace en muchos naturales de Estados Unidos y que se manifiesta en simpatías por el Tercer Mundo y la descolonización. Al llegar aquí no omiten el tema de Puerto Rico. Y es que empiezan por casa. Y Yunito se pregunta horrorizado: «¿es que no me quieren?» Y la implícita preocupación, no escrita en la novela: «¿es que ésta no es mi nación?»

Como se decía al principio, la gran mayoría de la sociedad portorriqueña aceptó la asimilación yanqui. O por lo menos no protestó vivamente contra ella. Que se sepa en Puerto Rico no han aparecido movimientos independentistas importantes, ni mucho menos guerrillas. Salvo el heroico Partido Socialista Portorriqueño, propugnador de la independencia y que capitanea la legendaria Lolita Lebrón. Alrededor de esta figura y su partido giran los ideales de la auténtica nación borinque. No son tan débiles y sus simpatizantes tan escasos como podría imaginarse a tenor de los resultados. Es duro luchar contra factores tan difíciles: Puerto Rico es pobre en

recursos naturales, sólo vive del turismo «gringo», en dólares; nunca ha sido un Estado propiamente dicho; todo lo que huela a independencia es identificable de inmediato con revolución castrista; su juventud está perdida para la causa: primero sirven en la Navy y luego se marchan a trabajar a Nueva York. Los elementos propicios para una revolución no existen: la conciencia de nación y clase está ahogada por los dólares fáciles y el alcohol barato.

Como también se anotaba antes, en toda sociedad hay diferencias y clases. Puerto Rico no es la excepción. La familia Durán son los típicos exponentes de esta clase y Yunito tal vez el primer miembro que se propone un análisis científico de lo que es la civilización en general y la suya en particular. A sus escasos años (no más de veinte) su formación es ya la típica del latinoamericano «made in USA», la del chicano venido a yanqui. Esa segunda generación que encontró repleta la nevera que habían comprado sus padres, el auto grande y veloz a disposición y no sólo los sábados por la tarde. Habla un castellano salpicado de anglicismos y hasta de vocablos salidos de la bárbara combinación dė ambos idiomas. Pero Yunito estudia en un colegio para norteamericanos medios, de prácticas espartanas, de férreas concepciones bíblicas, acaso judaicas, pero fervientemente votantes del partido republicano, de eso no hay duda. El colegio y el medio no tienen nada de aristocrático, pero trasladados a la sociedad de la isla y a lo que la familia Durán pretende, así es como resulta. En sus aulas hay de todo y el joven boricua con pasaporte norteamericano se defiende como puede.

Una vez, en el curso de un coloquio estudiantil, el profesor encarga a Yunito un artículo sobre la realidad social de Puerto Rico, para publicarlo en el boletín del centro educativo. El aplicado alumno decide viajar a la isla para escribir sobre el terreno el encargo; para ello decide inmiscuirse como nunca lo había hecho en las gentes y costumbres que hasta el momento no había reconocido como suyas. Y es cuando comienza a hacerse todo un mundo de reflexiones que culminarían con la más importante y apabullante de todas: que por más que se quiera presentar como tal, Puerto Rico no es Estados Unidos, es Puerto Rico, una nación más de Latinoamérica, fruto del mestizaje étnico-cultural indohispánico. Y el momento mágico tiene lugar cuando su novia norteamericana, preciosa, rubia, va a visitarle y le enseña los brazos morenos por el sol tropical y entre lacónica y triunfal le dice: «mi piel ya parece de aquí». Este, «de aquí», tajantemente establece la separación de la isla y la nación a la que pretende pertenecer; con este simbolismo folklórico, rayante en lo tópico, sale a colación el sentimiento y la creencia del norteamericano medio, quien se plantea la cuestión portorriqueña como algo a resolver en su día y que es bueno ir haciendo de la mejor manera posible, antes de que sea demasiado tarde. La opinión pública norteamericana sabe que el de Puerto Rico es un caso típico de ocupación colonial y no vacilan en hacérselo ver a los mismos interesados. Pero éstos prefieren no aceptarlo, tapando el sol con las manos, estimulados por el eufemismo de «estado libre asociado». Y es cuando salta la reflexión final de Yunito: «¿soy distinto a ellos?, ¿no me quieren admitir?», ¿no me aceptan?

La animadversación por todo lo natural es patente en la psicología de la sociedad que se quiere dibujar y a la que representa el protagonista. Empieza con un estudio,

a grandes rasgos, de la historia de la isla (no es una nación), agradeciendo la llegada de los españoles como heraldos de la civilización y el progreso; los indios son salvajes y lo mejor que pudo ocurrirles fue la conquista cristiana. Luego estos salvadores son denostados para ser definitivamente reemplazados por el «status» que mejor conviene a la isla: la de formar parte de la Unión norteamaricana. Yunito establece las comparaciones desde un escenario y metodología freudianos: la cama de un hospital y la inteligente confrontación de hechos pasados con presentes y de personas en su entorno cultural. Las enfermeras que le asisten son gente del pueblo llano en especial, proclives a la vida irregular y a la imposibilidad de superar su situación social por mor de una cuestión genética; su única oportunidad es la de un matrimonio de conveniencia con un médico viejo.

Esta radiografía de la persona de las enfermeras es casi lo que se podría llamar el enfoque objetivo de la naturaleza de un pueblo, cuya única salvación es la de continuar en la situación de «libre asociación», incapacidad absoluta para la independencia. Sólo se puede hacer algo si se depende de otro: la enfermera de su médico y la isla de la metrópoli. Y todo por una cuestión natural, genética, que les impide existir por sí solas.

La clase dirigente portorriqueña cree tanto en este absurdo que hace de él una constante y a la vez una bandera: propugna la unión total con Norteamérica, lo que ésta curiosamente rechaza. Sólo quiere a Puerto Rico como cabeza de puente sobre el Caribe al haber perdido a Cuba y ante el peligro que Castro presenta para sus intereses. Pero la incipiente burguesía boricua persiste y vemos cómo en la novela de Díaz Valcárcel se rebela contra el Comite de descolonización de la ONU e inicia una campaña para demostrar hasta qué punto es positiva la unión con Estados Unidos. Padrino es el abanderado de una iniciativa que presentaría a San Juan como la ciudad más antigua de la Unión.

En el desolado panorama de la literatura portorriqueña, *Mi mamá me ama,* y en general toda la obra de Díaz Valcárcel, es una contribución enorme a que la identidad de Puerto Rico no se pierda más de lo que está. Es ingente la labor de este escritor en cuanto al idioma se refiere, pues el castellano en Puerto Rico corre el mismo peligro de extinción que acabó con él en Filipinas. Ya no es extraño oír conversaciones entre ciudadanos de esta isla en inglés macarrónico y tropicalizado, pero inglés al fin y al cabo, quedando el castellano relegado a un segundo plano sin oportunidad de defensa, inerme por completo. Díaz Valcárcel, además de un excelente retrato y denuncia de la sociedad de su país, proporciona una amena obra que no olvida ninguno de los ingredientes de las buenas novelas, además del morbo y de la intriga para el final: sorpresivamente la madre de Yunito, la fina y católica dama boricua, la mamá que inspira el título de la obra es la inescrupulosa amante de Padrino, el personaje todopoderoso de la isla, abanderado de las buenas costumbres y, como es lógico, de la unión con Norteamérica.—MIGUEL MANRIQUE. *(Palomares, 7, 3.º D. LEGANES. Madrid).*